

Tierra y Libertad

CIUDAD
Santa Lucia, 1
Casa de la Arce
Archivo Histórico de Barce
NUEVOS SOCIOS

BARCELONA 1 DE MAYO DE 1936

SEMANARIO ANARQUISTA

AÑO VII - NUMERO 17 - 20 CENTIMOS

ANTE EL CONGRESO DE LA C. N. T.

Importantes han sido los congresos de 1919 y de 1931, realizados en Madrid, en momentos de gran esperanza social; pero el que ha de tener lugar ahora, por su significado, por el grado de descomposición política y de empeoramiento económico a que hemos llegado, por los temas a debatir y a resolver, por la urgencia generalmente sentida de un alivio en las condiciones de vida a que nos ha conducido la economía capitalista y la opresión estatal, es realmente extraordinario.

Nosotros ponemos en ese congreso la máxima esperanza. No sólo ha de salir de él una fortificación interna de los cuadros de la Confederación, por la superación de las divergencias entre hermanos que habían dañado más o menos sensiblemente, sino por la claridad de su posición revolucionaria y constructiva.

España entera ha de ver en la C. N. T., no el espantajo de las clases privilegiadas, sino una garantía de solvencia, de responsabilidad, de capacidad en la reconstrucción del mundo, de la nueva morada humana en que todos serán llamados y todos elegidos. El capitalismo ha hecho bancarota, y su último refugio y fusión en el Estado mantiene todas las fallas de la economía privada, agregándole todos los defectos de una mayor tiranía, de una mayor anulación de la personalidad humana, que es el primero de los valores que han de ser afianzados.

Se discutirá sobre lo que ha de ponerse en lugar del capitalismo y del Estado, es decir la concepción económica y social de la C. N. T., no en sus lineamientos ideales para un lejano futuro, sino como realidad inmediata, a poner en práctica desde ahora mismo. Y del acierto con que esa cuestión esencial se resuelva dependerán la simpatía popular y la confianza del país entero, que se

pueden conquistar o perder según la actitud que prevalezca.

Se discutirá en torno a la cooperación en la obra revolucionaria constructiva de otros sectores obreros y revolucionarios, y la C. N. T., por el espíritu que le informa, no puede sostener la tesis totalitaria, el rechazo de las fuerzas obreras y sociales que no se encuadren previamente en la propia organización. La revolución debe ser el fruto de una gran confluencia de esfuerzos, de aspiraciones, de procedimientos. Por eso será social, a diferencia de la revolución rusa que ha sido monopolizada y dominada por una sola corriente, la que se adueñó del Estado, fundiendo en una alianza monstruosa los intereses del Estado y los de la sociedad, los intereses del gobierno y los de los productores.

España es eminentemente agraria aun, y el problema campesino no puede quedar sin soluciones adecuadas. Tanto los jornaleros del campo como los yunteros, medieros, rabasaires, pequeños propietarios y propietarios medianos deben ver en la C. N. T. una solución y no un peligro, una mano amiga que redime y

no una nueva confiscación del fruto de su trabajo. La ayuda desde ya a los campesinos en su resistencia al pago de los impuestos y tributos de Estado, el intercambio directo de productos entre sindicatos obreros y comunidades campesinas, podrían ser instrumentos de solidaridad, de mutuo acuerdo y de mutuo apoyo entre la ciudad y el campo.

Urge igualmente la movilización contra la guerra, contra la que se prepara febrilmente, contra los créditos militares, contra las levas de soldados, como contra la que está ya en marcha: la invasión de Abisinia por Italia, la acción del Japón en China, etc. El boicot cerrado a los países beligerantes es factible y sería una contribución valiosa y eficaz por nuestra parte a la obra de paz. Italia no debe contar con España, ni como mercado para sus producciones, ni como país proveedor de materias primas mientras dure la guerra. En este orden de ideas, la demilitarización de Marruecos debe ser una medida que la C. N. T. ha de propiciar con todo el calor posible.

Sobre todo es preciso que la C. N. T., considerándose como factor primordial de la revolución inminente e inaplazable, disponga todas sus fuerzas en el orden requerido para la batalla contra el viejo mundo y adapte sus esfuerzos a su función de alentadora, en general, de todo progreso, y, en particular, de preparadora consciente y serena de la transformación económica y social.

En muchos aspectos esperamos del congreso una labor proficua. Que todos y cada uno de sus concurrentes obren con la conciencia de la gran misión que están llamados a cumplir y sepan de antemano que millones y millones de seres en todos los países esperan con impaciencia y con fe el resultado de sus deliberaciones.



PRIMERO DE MAYO 1886



1886
CINCUENTA AÑOS
1936

Sobre las silenciosas tumbas de Waldheim aparece el primer rayo matutino del primer día de mayo y tiembla suavemente en el modesto monumento a los cinco anarquistas que sucumbieron en noviembre de 1887 en manos del verdugo. De la tumba común de aquellos cinco mártires brotó la idea universal del Primero de Mayo — una realización poderosa de las últimas palabras de August Spies, cuando el verdugo le echaba al cuello la cuerda fatal: «Salud, oh tiempos, en que nuestro silencio será más poderoso que nuestras voces sofocadas hoy por la muerte».

El espantoso asesinato de Chicago fué el lóbrego epílogo de aquel gran movimiento que se produjo el Primero de Mayo de 1886, en todos los centros industriales de los Estados Unidos, a fin de obtener para el proletariado americano, con el arma de la huelga general, la jornada de ocho horas. Pero aquellos cinco, cuyos restos descansan bajo el verde césped de Waldheim, fueron los portavoces más valientes y atrevidos de la gran lucha entre el capital y el trabajo, y hubieron de pagar con su vida la fidelidad a los hermanos de dolor.

Inspirado por el espíritu de los cinco ahorcados, el Congreso Internacional de París, en 1889, concibió la resolución de proclamar el Primero de Mayo como el día del proletariado universal, y jamás halló un

acuerdo, un eco tan poderoso y entusiasta como ese, en los pobres hogares de los desheredados. Se vió en la ejecución práctica de ese acuerdo un símbolo de la emancipación próxima.

Ni la rabia ciega de los explotadores ni los miserables intentos de castración de los políticos socialistas, fueron capaces de confundir el profundo sentido de esa manifestación característica o de hacerla degenerar a la larga. Como una chispa ardiente la idea vivió en el corazón gigante del pueblo laborioso de todos los países, y ni siquiera en los tiempos de la más dura reacción pudo ser extirpada. Pues era una idea surgida de lo profundo y debía estimular hondamente en el espíritu de las masas una esperanza alegre que pugnaba por una expresión viviente y apelaba vigorosa y rememoradora a la conciencia de los oprimidos. De lo profundo brotó un nuevo pensamiento: No es arriba donde puede florecer para nosotros la salvación; es de abajo de donde debe venirnos la fuerza que romperá nuestras cadenas y dará alas a nuestro anhelo.

Un símbolo es para nosotros el Primero de Mayo, un símbolo de la liberación social por la vía de la acción directa, que halla su más acabada expresión en la huelga general. Todos los que sufren la servidumbre y a quienes la preocupación cotidiana por la existencia imprime su sello,



el enorme ejército de los que sacan los tesoros de la tierra, de los que trabajan en los altos hornos o dirigen el arado en los campos, los millones de los que han de pagar al capital en innumerables fábricas y talleres su tributo de sangre, los obreros intelectuales y manuales de todos los continentes — todos son partes de aquella asociación grande e invencible, de cuyo seno saldrá un nuevo futuro cuando el conocimiento de su desconsolada existencia llegue a la conciencia de cada uno. Sobre sus espaldas descansa un mundo entero; tienen en sus manos el destino de la sociedad entera, y sin su fuerza creadora toda vida humana es condenada a la muerte.

La venta del trabajo de sus manos y de su espíritu es la causa oculta de su servidumbre y de su dependencia; por consiguiente, la negativa de su trabajo para los monopolistas debe convertirse en el instrumento de su emancipación. El día que esa convicción ilumine el espíritu de los oprimidos, ese día comenzará el gran crepúsculo de los dioses de la sociedad capitalista.

El Primero de Mayo debe ser para nosotros una enseñanza intuitiva que lleve a la conciencia de los laboriosos y de los oprimidos la fuerza enorme que tienen en sus manos. Esa fuerza que arraiga en la economía, es nuestra actividad de productores. De ella nace la sociedad cada día, de ella recibe en todo momento la posibilidad de existir. En ese aspecto nada vale el miembro de un partido, sino el minero, el ferroviario, el herrero, el campesino — el hombre que produce los valores sociales y cuya energía creadora mantiene al mundo en sus conexiones. Aquí está la palanca de nuestra fuerza: en esa fragua debe ser forjada el arma que herirá de muerte al baccro de oro. No se trata de la conquista del poder, sino de conquistar la fábrica, el campo, la mina. Pues todo poder político no fué nunca más que la violencia organizada para imponer a las grandes masas del pue-

blo la dependencia económica de minorías privilegiadas. La opresión política y la explotación económica marchan siempre de la mano, se completan recíprocamente y la una no puede existir sin la ayuda de la otra. Es un absurdo creer que constituirán una excepción futuras instituciones de gobierno. Lo decisivo no es la etiqueta exterior, sino la esencia de una institución; y la peor forma de la tiranía fué siempre la que se ejerció en nombre del pueblo o de una clase, por gentes para quienes «pueblos» y «clases» no son más que tapujos que simulan sus codicias personales de mando. Por consiguiente toda verdadera lucha contra el monopolio de la posesión es al mismo tiempo también una lucha contra el poder que lo protege, y lo mismo que el objetivo del proletariado militante en el terreno económico es la abolición y la superación del monopolio privado en todas sus formas, su objetivo político debe ser también la extirpación y la superación de toda institución de poder. El que desea una de ambas cosas para vencer la otra, no ha comprendido la verdadera significación del socialismo y no es más que heredero del principio de autoridad, piedra angular hasta aquí de toda tiranía.

Un símbolo de la solidaridad internacional debe ser el Primero de Mayo, de una solidaridad no limitada por los cuadros del Estado nacional, que corresponden siempre a los intereses, no importa qué idioma hablen y bajo qué bandera nacional hayan nacido. Pero entre los explotados del mismo país existe una guerra ininterrumpida que no puede ser solucionada por ningún principio de autoridad y que tiene sus raíces en los intereses contradictorios de las diversas clases. Todo nacionalismo es un disfraz ideológico de los verdaderos hechos; puede dirigir en un momento dado las vastas masas hacia sus cuadros mentirosos, pero no es capaz de suprimir del mundo la brutal realidad de las cosas. Los llamados intereses nacio-

nales, sólo son puestos por las clases dominantes en la balanza cuando son idénticos a los intereses de su bolsa y producen el necesario porcentaje de ganancias. Y si millones de pobres diablos dieran su vida o sus miembros sanos para la locura de la gran masacre de los pueblos, no fué porque tenían que satisfacer tal o cual deuda de honor nacional, sino porque su cerebro fué entenebrecido por prejuicios artificialmente creados y no han comprendido sus propios intereses.

Por eso el Primero de Mayo es para nosotros una poderosa manifestación contra todo militarismo, y contra la gran mentira del nacionalismo, tras los cuales sólo se ocultan los brutales intereses de las clases poseedoras.

Hay que crear un nuevo porvenir sobre los fundamentos del socialismo libertario, ante cuyo fresco aliento desaparecerán las muertas concepciones de los tiempos pasados y las corroidas instituciones del presente en el abismo de lo que ha sido, para abrir la era de la verdadera libertad, de la verdadera igualdad y del amor humano.

En este sentido celebramos el Primero de Mayo como símbolo de un devenir próximo que germinará en el seno del pueblo revolucionario, para redimir al mundo de la maldición de clases y de la esclavitud del salariado.

RUDOLF ROCKER